

AMISTAD Y CRÍTICA DEL BOLIVIANO ALCIDES ARGUEDAS CON UNAMUNO *

Luis Lorenzo-Rivero

I. Preámbulo

Miguel de Unamuno conocía muy bien, entre otras literaturas, la hispanoamericana, principalmente, los escritos de sus contemporáneos. Además conocía y trataba personalmente a un número muy considerable de estos escritores, siendo muchos más aún aquellos con quienes mantenía correspondencia por escrito. Uno de estos amigos y admiradores de Unamuno fue el boliviano Alcides Arguedas, quien en unas 19 cartas inéditas y otra publicada en *Etapas de la vida de un escritor*, manifiesta su gran estima y admiración por el Rector de Salamanca. En estas cartas le cuenta sus actividades, su disgusto por la situación política, social y económica de Bolivia, los altibajos de su carrera literaria y hasta comenta, si bien con brevedad, algunas obras recientes de Unamuno. Es decir, que la mayoría de sus cartas constituyen auténticos ensayos literarios en forma epistolar. No obstante, han permanecido olvidadas en la biblioteca de Unamuno hasta este momento, con la excepción de la anteriormente mencionada y posiblemente otra, en la que el propio autor dice a su destinatario que quizá la dé a conocer en una pequeña revista que se la pidió para publicación.

Como se sabe, Arguedas nació en La Paz en 1879, año en que estalló la guerra del Pacífico entre su país y Chile. A resultado de estas disputas, Bolivia tuvo que entregar a Chile su valiosísimo territorio litoral, cuya pérdida ha convertido a esa nación en un pueblo de tierra adentro, que todavía continúa buscando una salida al mar. Después en 1903, Bolivia cedió al Brasil el territorio de Acre en la región del Amazonas. Esa precaria situación boliviana, que se agravó más tarde con la pérdida de la Guerra del Chaco (1932-1935), recordaba a Arguedas la crisis de España de finales del siglo pasado, que tanto preocupó a los españoles de la Generación del 98. También él se desveló por el destino de Bolivia, tema central de su libro *Pueblo enfermo* (1909), en cuyo prólogo ya Ramiro de Maeztu observó similitudes entre esta obra y las de los del 98. La patria está siempre presente en todos sus escritos, incluyendo sus cartas a Unamuno. Era con éste, entre todos los de la Generación, con el que más se compenetraba, fijándose en los problemas nacionales, que eran comunes a muchos otros países latinoamericanos. El propio Unamuno puso de relieve, al comentar la obra de Arguedas, las razones esenciales que los unían, su dolor causado por las plagas sociales españolas, que heredaron también los pueblos hispanoamericanos, en particular la envidia:

¡La envidia! ¡Ésta, ésta es la terrible plaga! de nuestras sociedades, ésta es la íntima gangrena del alma española. ¿No fue acaso un español, Quevedo, el que escribió aquella terrible frase de que la envidia está flaca porque muerde y no come? Y esta nuestra llaga de

abolengo, hermana gemela de la ociosidad belicosa, se la transmitieron nuestros abuelos a los pueblos hispano-americanos y en ellos ha florecido, [...] creo que aún más que entre nosotros.

Y luego continúa: "Somos, colectivamente, unos envidiosos, lo somos nosotros, los hispanos de aquende el Atlántico, lo sois vosotros, los de allende".¹ Esa similitud de circunstancias es lo que hace que espíritus tan sensibles y de intereses tan afines como el de Unamuno y Arguedas, sientan lo mismo y lo expresen de una manera similar. Así fue como la obra del boliviano, centrada en problemas nacionales, adquirió un carácter universal. Estos dos hombres tan representativos han coincidido, entre otras cosas, en reconocer la envidia como la gran enfermedad psicológica de los hispanos, rasgo hondo de su carácter. Esta envidia nefasta es indicio de debilidad e incultura.

II. Iniciación de comunicaciones y amistad

Arguedas estaba angustiado y entristecido porque la mayoría de sus conciudadanos le reprochaban su crítica de Bolivia. Conocía también la atracción de Unamuno por la literatura latinoamericana y debido a eso y otros móviles, decidió enviarle un ejemplar de su libro **Pueblo enfermo**. Al leerlo, éste quedó tan impresionado que escribió tres artículos para **La Nación** de Buenos Aires sobre temas de la obra del boliviano. Con anterioridad a este libro, Arguedas había publicado otros tres de menor importancia, **Pisagua** (1903), **Wata-Wara** (1904) y **Vida criolla** (1905). Después escribió **Raza de bronce** (1919), a la que siguieron otras obras, las cuales le consagraron entre los más destacados escritores bolivianos, sobresaliendo como sociólogo, ensayista, novelista e historiador. Fue incansable en el esfuerzo de modificación de la realidad boliviana, por medio de su tarea literaria y en los azares de su accidentada e intachable intervención política.

Me propongo analizar y valorar, aunque un tanto superficialmente, la relación epistolar que Arguedas mantuvo con Unamuno. Para ello utilizo sólo las cartas del primero al segundo, ya que no dispongo de las de éste a aquél, y algunos escritos públicos en que Unamuno se ocupó con interés y comprensión singular de la obra del boliviano. Esta relación se inicia por parte de Arguedas en 1909, enviándole, primero, la citada obra **Pueblo enfermo** y, luego, escribiéndole desde París casi al mismo tiempo que salía en **La Nación** el segundo ensayo de don Miguel sobre su obra. En esta primera carta le comunica su regreso a Bolivia y se le ofrece para cuando Unamuno vaya a Latinoamérica como representante de la Universidad de Salamanca, viaje que nunca realizó, ni ninguno de los varios proyectados a América. A continuación le habla extensamente de las nuevas elecciones presidenciales y del caciquismo de su país:

París, junio 3 de 1909
Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Me tiene ud., señor, preparando viaje de regreso a mi país. Me voy con cierta pena de Europa porque en los cuatro años de mi estadía aquí, se me ha arraigado el gusto a la soledad que ha sido característica de mi temperamento y allá, en Bolivia, no se puede vivir aislado, no se lo permiten a uno.

Lo que ha contribuído en mucho para fortificar en mi ese gusto, es el trato intermitente con estos franceses fríos, egoístas, calculadores — porque bien pueden los franceses llamarse hijos de la Revolución (con mayúscula) y decirse libres, iguales y hermanos, pero en el fondo son esclavos de sus ideas cerradas, intolerantes, amigos de la jerarquía exteriormente ostensible y demasiado utilitarios.

El ideal de los pueblos en América, ya lo había notado ud., es querer parecerse en todo a Francia, y este pueblo, si algo puede darnos de verdaderamente curioso, son sus modas femeniles y porque en realidad nos lo da, es porque en algunas de aquellas sociedades, en las de mi país v. gr. la frivolidad es señora y reina. Yo creo que si se conociese mejor a este pueblo, nuestros oradores y poetas dejarían de atosigarnos con sus discursos y sus versos, bien es verdad que los unos sólo saben loarles tres mentirosas palabras y los otros el encanto envenenador de las cocottes.

Esto no quiere decir que desconozca las bellas cualidades de los franceses, pero en conjunto, creo que sus vicios pesan más que sus virtudes.

Hace algún tiempo dió la prensa de mi país la noticia de que sería ud. el que iría a América en representación de esa Universidad y una vez concluído el viaje del señor Altamira. Si esto es verdad, reclamo para mí la satisfacción de ser el primero a quien se dirija ud. cuando resuelva su viaje a Bolivia. en Bolivia verá ud. lo que no se encuentra en ningún otro pueblo americano. Así se lo digo al Sr. Altamira, que ha tenido la amabilidad de escribirme con ocasión de mi libro.

Sabrá ud. ya que en Bolivia hemos tenido una nueva elección presidencial. La que se hizo el año pasado, no surtió efecto porque el Pdte. elegido, Sr. Guachalla, murió casi repentinamente uno o dos meses antes de tomar posición del cargo. Con este motivo se puso de manifiesto el lado feo de nuestro carácter.

Siendo candidato ese señor se le prodigaron toda clase de alabanzas sabiendo que, orgánicamente, era incapaz de hacer un buen mandatario porque estaba atacado de la intemperancia alcohólica y sexual pero hasta la locura. Sus amigos y partidarios no ignoraban esto y muchos habían sido testigos aquí, en París, de sus excesos, pero se complacían en presentarlo como a un ser de extraordinarias buenas cualidades. Mientras duró la época del candidateo tuvo Guachalla la suficiente energía de contener sus vicios pero una vez elegido, se dió a ellos sin reparo alguno y murió víctima de su intemperancia. Invitaronlo algunos de sus amigos a una fiesta campestre que duró dos o tres días y al anochecer del último cayó atacado de delirio y murió a las tres horas sin haber podido recobrar el juicio.

Inmensa fue — ya puede ud. suponerlo — la consternación del país. Era la primera vez que un Presidente electo pero aún no posesionado, moría. Quienes pensaban sacar tajada defendiendo la lista con la que había triunfado el difunto, sostuvieron que era el primer vicepresidente el llamado a la primera magistratura pero los descontentos, encabezados por el Gbno., dijeron que no habiendo previsto el caso la Constitución, era preciso convocar a nuevas elecciones.

Se chilló, se discutió, se arguyó. El país se dividió en dos bandos y fue el Congreso el que — siguiendo las órdenes del Gbno. — decidió se llamasen a nuevas elecciones.

Inmediatamente surgieron los candidatos. El Gbno. quiso imponer el suyo y eligió a mi paisano D. Macario Pinilla, paceño, los cochabambinos lanzaron el suyo, pero como ni el uno ni el otro contaba con simpatías y viendo que de persistir la candidatura de Pinilla se volvería a encender la guerra civil, los hombres sensatos y de buena voluntad propusieron el nombre de D. Eliodoro Villazón, el mejor estadista que hoy cuenta Bolivia, y todos apoyaron esta candidatura como único medio de evitar calamidades. El mismo Gbno., temeroso, disuadió a su candidato para que cediese el campo a Villazón y así lo hizo Pinilla no sin haber lanzado un pomposo manifiesto en que aparecieron las consabidas frases de “El amor bien entendido de la patria” “los intereses del partido” “el progreso de la institucionalidad” etc., etc. Como premio a su desprendimiento y en vista de futuras combinaciones se le proclamó candidato a la primera vicepresidencia y es esta lista — Villazón, Pinilla, Saracho — la que ha venido en las elecciones del mes pasado.

Ahora bien, durante el tiempo de esta disputa, amigos y enemigos, los unos por interesados y los otros por cobardes, comenzaron a manosear el nombre y la memoria del muerto pero tan cruel, tan cínica, tan desvergonzadamente que ellos mismos sintieron vergüenza de su acto y, de común acuerdo, dejaron dormir en paz al muerto después de haberse dicho horrores en su nombre por el espacio de treinta días. Los periódicos que lo saludaron como a un redentor fueron los primeros en negarle toda cualidad y en decir francamente, sin ambages que era una suerte para el país que Guachalla hubiese desaparecido permitiendo así que se elevase Villazón “el mejor, el más grande, el único verdadero político” “la figura más elevada del país” “el hombre modesto por excelencia” etc., etc., — y muchos de los periodistas, instintivamente, en fuerza de la costumbre reprodujeron las mismas aduladoras frases que habían empleado con Guachalla. Esto, yo lo he constatado.

Dirá ud. que todo eso es humano, pero convengamos que nada limpio. Y mientras la bajeza, la hipocresía, el interés sean los únicos resortes que empujen a los hombres, hay derecho a desconfiar del advenimiento de esos mejores tiempos que se complacen en soñar algunos.

El tener que vivir en un medio así, me causa, la verdad, no poca inquietud, y si algo me da coraje y me alienta, es la idea de trabajar por mejorarlo, cultivarlo, hacerlo más generoso.

Iré, me uniré a los hombres de buena voluntad, buscaré aliados ya que las condiciones del país exigen que nadie luche aislado y quizás logremos lo que me parece esencial en Bolivia. desprestigiar la profesión de político y así atacar en el corazón al caciquismo.

Si ud. cree, respetable amigo, que hay otra misión mejor que cumplir, dígamelo, hágamelo ver, porque quizás yo me equivoque y no vea claro.

Le anuncio pues, señor, que el día 4 del mes entrante tomo el vapor en la Pallice y vuelvo a mi patria donde me tiene a su entera disposición, y me es grato pensar que alguna vez me dé noticias tuyas. Yo, le escribiré siempre contándole lo más culminante de la vida nacional y, en veces, de mi vida misma.

Mucha salud, señor y respetado amigo.

Alcides Arguedas.

Así se acercó Arguedas a Unamuno, entablando la amistad luego perdurable con el colega español. Un mes después de esta primera carta, la víspera de su salida, le escribió la segunda para agradecerle los dos artículos mencionados sobre **Pueblo enfermo**, escritos por Unamuno para **La Nación** y que ya éste le había anunciado por carta. Lo que ha dicho en ellos don Miguel de su libro le emocionó y le sirvió de consuelo. Por eso, nada más leerlos, tiene que escribirle inmediatamente aunque está en momentos de partir. Desde ahora se crea un clima de mutua comprensión y estima literaria, que se mantendrá a lo largo de su comunicación epistolar:

*París, julio 2 de 1909.
Sr. D. Miguel de Unamuno.
Salamanca.*

Respetado y apreciado amigo. Le escribo casi en momentos de partir como se lo dije en mi anterior carta, mañana tomo el tren en ésta y pasado me embarco en la Rochelle Pallice, rumbo a mi tierra. No tengo, por tanto, tiempo para nada, ni aún para ordenar mis ideas. Y le pido disculpa por el desorden en que van.

He leído en la oficina de La Prensa de Buenos Aires los dos artículos que ha tenido ud. la bondad de publicar en La Nación con motivo de mi libro, y cuyo envío a ese periódico me anunció ud. a su tiempo. Sería inútil decirle que su lectura me ha causado grata emoción y más grata alegría por ver que mi obra le ha dado motivo para sentar hipótesis de alta trascendencia social y que interesan a todos los pueblos hispanoamericanos y aun a muchos europeos, razón por la que me parece que dichos artículos, y en especial el referente al alcoholismo, ha de provocar serie de comentarios y ser discutido por los profesionales.

Por lo que a mi respecta he de confesarle que su hipótesis ha venido a turbar mis convicciones sobre esta materia hasta el punto de que no sé ahora como encarar la cuestión.

Usted sostiene, si le he comprendido bien, que el alcoholismo en vez de causa es efecto de inadaptación, que el esfuerzo

de adaptación exige un caudal de energías que no poseen las razas indígenas y que no pudiendo luchar para crear este esfuerzo, buscan en el alcohol no energía para sus músculos usados, como yo lo dije, sino "excitación para su espíritu mal despierto, no acomodado a la moderna vida civilizada."

Esta afirmación me ha turbado y seducido, pero lo único que medio me inquieta es que ese fenómeno del alcoholismo se observa de igual modo en pueblos preparados, aptos, adaptables y sin ninguna mezcla de sangre indígena. Esos pueblos, con perseverancia y usando ciertos procedimientos han logrado disminuir notablemente y en tiempo limitado el número de alcohólicos o, si usted quiere, de inadaptables. En menos tiempo del que se acaba una generación han conseguido atemperar los progresos del alcoholismo y es notable lo sucedido a este aspecto con los países escandinavos considerados como los más alcohólicos a comienzo del siglo pasado. Los suecos inventaron un sistema para combatir el vicio y lo aplicaron con rigor consiguiendo pasables resultados, los daneses casi no hicieron nada y los tiene usted tan alcohólicos como antes. ¿Qué decir de esto? ¿Cómo conciliar su teoría con los hechos? Porque de ser inadaptables los alcohólicos de esos países no se habría reducido su número en el tiempo que vive una generación, porque según un cuadro que tengo a la vista cada danés bebía en 1880, 18.6 litros de alcohol puro y en 1900 14.2, cada noruego 16.0 en 1880 y 3.1 en 1900, cada sueco 22.0 en 1880 y 7.3 en 1900.

Yo sé que usted explica esto sosteniendo que los de otras razas por atavismo se sienten inclinados a la adaptabilidad, y es aquí que comienzan mis inquietudes porque hay hechos que confirman su aserción fáciles de comprobarse en Bolivia, donde los indios, aun aislados de su medio y sometidos a un especial régimen educativo son aptos para la adaptación a un medio algo superior al suyo propio, pero tarde o temprano caen en el alcoholismo, a pesar de que, — insisto, — ese medio social no requiere gran energía para ser adaptado por no ser complejo como el de Chile o la Argentina, sin ir muy lejos. Yo creo que en un medio superior al nuestro, se dejaría morir tranquilamente y sin intentar esfuerzo alguno.

Por lo demás, y aun conociendo su teoría sobre el agradecimiento, déjeme darle las gracias por las frases con que me honra usted.

Sus comentarios de alto valor moral y de más alta penetración, le dan al libro un valor infinitamente superior al suyo propio y al autor una significación que estaba lejos de sospechar.

¡Qué gusto, qué encanto es verle coger una afirmación cualquiera de cualquiera y luego bordar a su alrededor serie de puntos de vista personales, sugestivos y siempre con un estilo propio al través del cual salta una gran alma . . . !

Pero yo sé que no debo decir nada . . .

Espero ansioso lo que diga ud. sobre la envidia, y es uno de mis pesares el irme de París, donde tenía a la mano periódicos de toda la América española, en momentos en que usted, con motivo de mi libro, ha de dar zafe a sus preocupaciones de orden moral.

Me escriben de mi tierra anunciándome que me van diciendo horrores por causa del libro. Parece que los periódicos oficiales, no pudiendo desmentirme en lo que digo referente a la política en general, han tomado como pretexto para atacarme lo que digo respecto de la educación femenil asegurando que he atacado lo único que se respeta en todo pueblo culto, la mujer. Pero eso tenía que ser así, era imposible que se quedasen callados.

Adiós, pues, mi noble y gran amigo. Llegando a la tierra, será un placer para mí entretenerlo contándole lo que en ella pasa.

Y no me olvide.

Suyo siempre

Alcides Arguedas

s/c 8, calle Colón.

La Paz

Bolivia.

Esta carta es una auténtica muestra de admiración, afecto y amistad a Unamuno. Más tarde Arguedas incluiría trozos de ese artículo unamuniano, en que desarrolla sus teorías sobre el alcoholismo, como se verá, en el prólogo a la segunda edición de 1910. De esa manera utilizaba los escritos del Rector de Salamanca en su lucha contra los muchos enemigos que en Bolivia procuraban destruirle.

La próxima vez de que hay noticias que le escribe es desde Bolivia en enero de 1910. Lo hizo para comunicarle su alegría porque le iban a nombrar secretario de la Legación de Bolivia en París. Esto le permitiría ir a Salamanca para visitar y abrazar a Unamuno, a quien todavía no conocía en persona. Esa visita y conocimiento personal no tuvo lugar hasta nueve años más tarde, a finales de mayo de 1919. Le escribió desde París, anunciándole su visita. Además en esta carta de 1910 le reafirma su propósito de proseguir con la reforma social de su patria, que es realmente un pueblo enfermo. Se encuentran en ella sus primeras opiniones sobre la obra de Unamuno, faceta de su correspondencia que se presentará más adelante:

La Paz, Bolivia, enero de 1910.

Señor D. Miguel de Unamuno.

Salamanca.

Tengo la satisfacción de comunicarle, mi respetado y apreciado amigo, que muy posiblemente en breve tendré ocasión de hacerle una visita en esa su venerable ciudad universitaria. Sé — porque me lo ha dicho nuestro Canciller — que el Gbno. de mi país piensa encomendarme una misión diplomática en Europa y en ese caso, y por la segunda vez, visitaré, aunque sea de paso, nuestra vieja y querida España. ¡ Tanto mejor!

Me tiene ud. pues contento, pero, no he de ocultarle, que no doy por seguro mi viaje a esa. Aquí como en los demás países

hispanoamericanos, como quizás allí mismo, pero en Bolivia como en ninguna otra parte, consigue algo quien es más insinuante en pedir o quien tiene mejores padrinos, y como yo nunca he pedido nada porque me cuesta mucho trabajo y no soy amigo o pariente de ningún ministro ni funcionario público de alta categoría, puede muy bien suceder que venga otro y se lleve la secretaría en la legación de París, que es lo que — asegura la prensa — piensa darme el gobierno.

Pero de todas maneras yo he de volver a Europa, y he de ir a Salamanca y he de tener el gustazo de darle un abrazo, uno de esos abrazos apretaditos que acostumbramos en esta mi tierra para los buenos y grandes amigos. Esto no será pronto quizás, pero llegará el día. Llegará.

Ahora querría yo contarle muchas cosas, todas las que he visto y me ha pasado en cuatro meses de estadía en esta mi tierra, pero, por una parte, la esperanza de verlo y, por otra, el mal estado de mi salud, no me permiten escribir tendido y meditado.

Lo único que debo advertirle es que, ahora más que nunca, estoy profundamente convencido de que mi patria es un pueblo enfermo.

Mucho se me ha criticado el término, pero ahora todos lo usan, hasta los analfabetos. Y con cualquier motivo, siempre, ya se anda diciendo que en verdad estamos en mala situación y que es preciso emprender por nuevas vías. Para decir y pensar esto, no se me cita, ni se hace alusión a mi trabajo pero ud. ya puede suponer que esto es lo de menos. Yo me siento complacido con haber ayudado a penetrarnos de la realidad y el resto — quiero decir, los trabajos de enmienda — tienen que operarse poco a poco, lentamente. Sólo es cuestión de tiempo, y de un poco de paciencia.

¿Cómo lo ha recibido este nuevo año, mi estimado maestro? Espero que con salud. Yo me complazco en desearle mil prosperidades y triunfos en aquello que más anhela usted. Dénos siempre sus bellos e intencionados trabajos.

Yo voy leyendo ahora, por segunda vez, su Vida de D. Quijote y Sancho y tengo el libro ennegrecido de rayas, de notas. ¡Así, así querría yo decir las cosas! — bellamente, honradamente, profundamente.

Adiós, mi gran amigo, o quizás hasta pronto.

Alcides Arguedas

Desde ahora Arguedas guardó más de un año de silencio, no volviendo a escribirle hasta que, ya en París como segundo secretario de su país, le dice lo siguiente.

París, mayo 15 de 1911.
Señor D. Miguel de Unamuno.
Salamanca.

Respetado y grande amigo:

Tiempo hace que no he escrito a usted. La última vez que lo hice, si no me engaño, fue en vísperas de salir de mi tierra para venir a ocupar en Francia la segunda secretaría de la Legación de mi país, puesto en el que me tiene a su entera disposición, y el cual, por sus menudas atenciones, embarga tiempo y aun quita paciencia.

Creo haberle dicho entonces que mi probada incompetencia para los recovecos de la política, la sola habilidad que allí, como en los demás países ultramarinos, proporciona cierta respetabilidad y un seguro desahogo económico, me obligó a aceptar la colocación que actualmente desempeño y que me permite servir a mi país, lejos del sordo clamor de sus luchas, todavía desleales. Eso de estar obligado a seguir las huellas, más o menos limpias, de un caudillo, seguir a toda costa, cerrando ojos y oídos para no ver ni enterarse de nada, francamente, no me hacía gracia.

Quisieron en un comienzo lanzarme los amigos (fórmula consagrada) a la diputación por una provincia, y para conseguir el acta, tenía que gastar dinero — y andaba escaso de él, pronunciar discursos, — y jamás he hablado en público; holgar y beber con gentes incultas, — y si lo uno me repugna me enferma lo otro. E hice lo mejor que pude haber hecho y no me pesa: casarme y liar bártulos.

Además, los enemigos a mi diputación, para vencerme, recurrieron a un arma formidable allí entre las gentes de provincia y aun de la ciudad. ¿Se acuerda usted de Pueblo enfermo? Ya lo creo. Noble y gallardamente, sin la sombra de una insinuación de mi parte que, por lo demás, nunca me habría atrevido a hacerle, le dedicó usted tres artículos, o, mejor, en tres artículos sugeridos por ese estudio, dijo usted su palabra sobre problemas de trascendencia y, acaso, dió usted zafe a sus preocupaciones turbadoras las más de las veces, siempre de una elevación que conmueve y edifica. Pues bien Pueblo enfermo sin decapitarme, me anuló. — “¿Cómo conceder el voto al hombre que fuera del país nos ha desacreditado mostrando las llagas que carcomen el pobre organismo nacional? Eso está bueno para dicho en casa, a los oídos, muy bajo y no frente a los demás pueblos que si más corrompidos que nosotros, saben ocultar por lo menos sus debilidades, etc., etc...” ¡Fuera! Ante este lenguaje, ya estaba vencido de antemano. ¿Para qué entonces luchar?

Abandoné el campo sin pena aunque tampoco con alegría... ¡Al diablo quienes piensan en las tardías reparaciones!

Opté por la diplomacia. Y de diplomático me quedo, hasta que venga un buen señor influyente y me quite el puesto para darlo a uno de sus parientes o amigos. Y no tardará.

Entrentanto el libro no cesa en la tierra de levantar tempestades, y su autor de hacer las veces de pararrayos. Y quedárame tranquilo con servir de tan simpático artificio, si sólo yo tuviese que desarmar las furiosas descargas, más se esparcen las chispas y vienen a herir las cumbres...

Pero dejémonos de figuras y hablemos mondo.

El correo último ha traído a esta legación, como de costumbre, montones de periódicos del país, y en uno de ellos, editado en La Paz, encuentro un artículo referente a usted firmado con el seudónimo de un buen señor que allí pasa, más por su edad que por su obra, como uno de los mejores escritores del país. Ese buen señor que se ha radicado en Buenos Aires hace cosa de 20 o más años y donde tiene una colocación de profesor normal en una escuela del gobierno, vive y piensa como los argentinos, para quienes la capital es la mejor y la más perfecta de todas las ciudades, arrancando de esta idea el prejuicio de su superioridad en todo orden de ideas. Esto sólo le hará comprender que los conceptos de su artículo, incluido a la pte., son más bien el producto del criterio predominante del medio en que vive, y no reflejan, ni de lejos, la opinión que en mi país se tiene de usted, donde su nombre es venerado.

Yo creo — y permita la franqueza, — que el público argentino, o, mejor una gran parte de él, no está habilitado ni para comprenderle ni para estimarle. Es, por lo que he podido observar, demasiado pedestre. Allí no se piensa sino en la mejor y la más fácil manera de ganar dinero. Fuera de esa preocupación, lo demás, le importa poco. ¡Y vaya usted a dar margaritas al cerdo! . . .

Deseando a usted toda clase de prosperidades, tengo el agrado, señor, de repetirme de usted su amigo atto. y

s.s.

Alcides Arguedas.

Olvidaba anunciarle que de Pueblo enfermo se ha hecho una segunda edición aumentada. He aprovechado de la oportunidad para, con su opinión, fortalecer algunas de mis afirmaciones y, de ese modo, hacer público mi reconocimiento a sus bondades.

Le envié un ejemplar.

s/c 71, av. Wagram.

III. Arguedas crítico agudo de Unamuno

Entre los asuntos sobre los que Arguedas escribió en sus cartas, merecen destacarse sus opiniones sobre ciertos escritos de Unamuno. Ya queda señalado más arriba que el primer balbuceo crítico fue la breve referencia a *La vida de Don Quijote y Sancho*, en la carta de enero de 1910, expresando también un gran deseo de escribir como don Miguel. Sin embargo la primera carta cuyo único objetivo fue emitir su juicio sobre unas poesías unamunianas, se la escribió desde París a finales del año siguiente. En la primera parte le cuenta la emoción que le habían producido cuatro sonetos publicados por Unamuno en *Los Lunes de "El Imparcial"* de Madrid el 29 de mayo de aquel año. Se refiere a los sonetos publicados bajo el título general de: "Horas de Insonio", cuyo primer poema es "Me voy de aquí, . . .", el segundo se titula "Hecho teatro de mí propio vivo", el otro "Dejar un grito, nada más que un grito" y el último "La tierra un día cruzará el

espacio". Razón tenía Arguedas al decir de ellos que "esos versos no eran sino el potente e incontenible grito de un corazón hondamente entristecido". Su juicio crítico aún es fresco y válido hoy que se considera a Unamuno uno de los poetas más importantes de la lengua española. Pero la importancia de su juicio es todavía mayor si se tiene en cuenta que entonces la poesía de Unamuno no era generalmente comprendida. La segunda parte de la carta la dedica a un poema titulado "A mi tierra madre", publicado en el mismo periódico de Madrid el 20 de noviembre de ese año 1911, sólo dos días antes de escribirle. La carta fue motivada por este gran poema, cuya tristeza le ha hecho llorar. No pudo contenerse más, cogió la pluma y escribió:

París, XI-22-11
Mi grande y admirado amigo:

No ha mucho tuve ganas de contarle la emoción que me habían producido unos cuatro sonetos suyos, llenos de sentimiento, publicados en El Imparcial de Madrid en uno de sus números del lunes (los únicos que leo)

Bien se veía que esos versos no eran sino el potente e incontenible grito de un corazón hondamente entristecido. ¿Entristecido por qué? ¿de qué? ¡quien sabe! Acaso porque vive ud. con los ojos desesperadamente abiertos a la vida ¡y la visión es de mal y de dolor...

En deseos se quedaron mis intenciones.

Más he aquí que en el Nº del mismo diario llegado hoy a esta ciudad, encuentro otros versos suyos, más dolorosos si cabe, más sentidos y más desesperanzados. Más bellos, también podía añadir, aunque esto de la belleza de un verso es lo que menos me importa: lo que yo le pido al verso es que me emocione y me haga pensar. Y los suyos llegados esta tarde, son toda emoción y todo idea. También toda tristeza.

Una vez, primero; otra, más despacio y en voz alta, después, los he leído, y... ¡palabra de hombre, maestro! ... las lágrimas han brillado en mis pupilas y también en las de mi mujer...

Gracias, amigo, que así, gritando sus penas, sabe ud. exteriorizar las de otros, menos diestros para decirlas.

Suyo siempre

Alcides Arguedas.

Un favor, y bien grande.

¿Quiere ud. copiar para mí, de su puño y letra, los últimos versos (¡ójala fueran todos!) de ésta su composición y mandármelos cuando mejor le venga en gana?

Se lo agradeceré.

A.A.

¡Esto sí es crítica espontánea, objetiva y sincera! Unamuno no se demoró en satisfacerle con lo que le pedía en la posdata, pues en carta del 29 del mismo mes le dejó saber que ya había recibido los versos de su puño y letra acompañados de una carta:

París, noviembre 29 de 1911.
Señor don Miguel de Unamuno.
Salamanca.

Grande y buen amigo:

Muy simpáticas son la buena voluntad y la presteza con que se ha prestado usted a satisfacer un vehemente deseo mío nacido por el afecto y la admiración que le tengo. Las cuartillas que me ha enviado usted — donde hay algo muy precioso: planes de futuras obras, o, mejor títulos, confidencias; — la copia de sus bellísimos versos, savia de dolor y de pensamiento, hacen de esas cuatro cuartillas un documento inapreciable para quien, como yo, tiene el culto de los grandes hombres, o, más bien, de los grandes corazones, que, si no me equivoco, no es lo mismo.

Sí; tiene usted razón: sus versos no han entrado todavía. Aquí, en casa de algunos amigos o conocidos escritores, — ya usted sabe que muy pocas veces hay verdadera amistad entre gentes de pluma, — he oído criticar la estructura de sus versos, su falta, decían, de armonía (¡oh, Zorrilla!), y declarar francamente, que no le comprendían. Esta declaración ponía vallas a mi enojo... ¡Enojarse con esos amigos! ¿Para qué si ellos mismos al confesar no comprenderle, se condenaban?...

Esto, entre gentes de pluma. Y yo me preguntaba, qué sería de la que de escribir no entiende o no se preocupa; aunque usted me dirá, y acaso con razón, que muchas veces hay entre los no escritores mejor sentido crítico y aun comprensión... Quizás: pudiera ser...

No le comprenden los más, mi grande amigo; y, muchos no le quieren... Quiso usted en un momento juzgar la labor de los que en el libro trabajan en los países de allende los mares, y esto le hizo daño, o, mejor, le creó enemigos... Y como los enemigos siempre hablan, y también los amigos y éstos quien sabe con más saña que aquellos, hay contra usted, en ciertos círculos, una atmósfera de rencores que me causa risa, y, ciertamente, algunas veces, pena. Y me consuelo de esto porque también veo que pese a la hostilidad, reconocen su soberana e indiscutible superioridad sobre todos los que por el momento escriben y piensan en castellano... ¡Y cómo no! ¡Causa tanta envidia ver desde abajo volar y cernirse en lo alto al cóndor!...

Y basta, digo como usted.

*Mucho me alegro por sus trabajos en preparación. Alguien, no me acuerdo bien, quizás algún alumno suyo de los muchos que conocí, me había dicho que escribía usted para el teatro... También me doy parabienes de la próxima publicación de su *Del sentimiento trágico de la vida en la España Moderna*. Hace años que leo esa revista y siempre echaba de menos algo de usted, pues, la verdad sea dicha, hay veces que la tal revista viene vacía, vacía del todo para quien, no sea*

sino por mera curiosidad, hojea las revistas de esta ciudad . . . Es en la España Moderna que comencé a estimar yo su talento, que ahora francamente admiro.

A mí me tiene preocupado con una novela. Ya la he dado a la casa editora y saldrá en enero o febrero entrante. No estoy muy satisfecho de ella. Las cosas frívolas que pinto, el vegetar son objeto de algunos de mis personajes, tomados todos de la vida real, los saltos de su vida, no me satisfacen del todo. La doy como un primer ensayo de novela. Ya vendrán otras después, porque me parece que el de la novela es un campo vastísimo, en el que se puede sembrar todo, hasta filosofía.

Me dice usted que aún no ha logrado cubrir los gastos de edición de sus poesías . . . ¿Y por qué su nuevo volumen no lo da usted a una casa que sin adquirir derechos de propiedad sobre su obra, la publique por su cuenta y le pague sus derechos de autor? Mire que esto sería facilísimo para usted, dado su nombre. Yo creo que podría usted muy bien arreglarse con la casa Ollendorff de esta ciudad, y si usted quiere, yo puedo bien hablar con el Director que es amigo mío. Ya sabe que me sería grato poderle servir en algo.

¿Quiere usted hacerme el favor de presentar en nombre de mi mujer y mío nuestros respetos a su muy digna compañera y señora? Lo que de ella me ha dicho usted, me ha emocionado. En cuanto a mí, por ese lado, también me considero feliz. Aún no hace tres años que me casé y la quiero a mi mujer como en el primer día de novios. Ya tengo una hijita que es el encanto de mi casa. Si algún día, antes de embarcarme para mi país, voy por esa querida tierra, ya iré a verle sin falta, pudiendo decir que una de las cosas que me llevará a ella será el conocerle personalmente . . .

Gracias una vez más por su amabilidad y disponga como quiera de su amigo y

admirador.

Alcides Arguedas.

P. D. Muy contento ha de quedar mi paisano Mendoza si le escribe ud. Me recomendó muy particularmente que le enviase un ejemplar de su novela.

Su dirección es:

Sucre
Bolivia

Termina recordándole en la posdata que le escriba a su amigo el escritor boliviano Jaime Mendoza, a quien Rubén Darío llamó "el Gorki boliviano" y autor de *En las tierras del Potosí* (1911), que es una serie de escenas sueltas sobre la penosa vida minera.

Vuelve a pasar otro lapso de tiempo antes de que Unamuno reciba nuevamente noticias de Arguedas, agosto del año siguiente. Lo que saca al boliviano de su silencio es otro escrito de don Miguel, "La bohemia espiritual", publicado el 12 de agosto de 1912 en Los Lunes de "El Imparcial." Arguedas recibió el artículo el miércoles 14 y al leer aquello de:

Casi todos los jóvenes con quienes hablo me dicen que están desorientados, y muchos de ellos me preguntan: "¿Qué me aconseja usted que haga?" Y ¿qué se les va a aconsejar?... Estudie usted, puede decirsele. Pero hay hoy ya en España jóvenes que se pasan la vida estudiando y de ahí no salen.[...]

Los más inquietos, los más soñadores, los más descontentos y descontentadizos después de unos años de bohemia espiritual, de desorientación, sienten que el alma se les va engordando, se les va llenando de grasa y adiposidades, respiran con dificultad y buscan una butaca. Se hacen en una u otra forma conservadores.[...] Y se dedican a escardar las berzas de su jardinillo interior, el de su alma congestionada de ramplonería.

[.....]

Otros – somos los menos, somos muy pocos, pero muy pocos – seguimos en bohemia, seguimos buscando sin gran esperanza de encontrar.²

Se identificó con Unamuno; vio en la deplorable situación de España la situación de su país, quizá para él en peor estado aún; se le pusieron los pelos de punta y la piel de gallina, le cayó el alma a los pies, se puso a la máquina y escribió:

París, agosto 14 de 1912

Bueno, mi querido y grande amigo, tantas cosas he pensado al leer su última crónica de "El Imparcial" llegado hoy a esta ciudad, que no sé como comunicárselas ni que palabras emplear para confesarle la impresión de tristeza que su lectura me ha causado por lo que hay en ella de acerba angustia y de hondo desencanto.

A usted nada le importan los jóvenes que estudian si luego todo el caudal adquirido lo han de aplicar a conseguir fines de propia satisfacción. ¿Pero qué diría usted de los países en que los jóvenes no estudian y sin embargo alcanzan mejor situación que los pocos que estudian y pasan su vida holgando y medrando sin poner un solo esfuerzo en mejorar su medio, hacerlo más culto, más moral?

Sentir, como usted siente, vehementes ansias de perfección individual y social y encontrarse que le discuten en su medio, le niegan, le aplauden o le siguen, aunque los que le sigan sean pocos, siquiera es algo. Por lo menos, aun teniendo el convencimiento de la derrota hay la esperanza de hallar la aprobación por los esfuerzos desplegados ... ¿Pero y luchar contra el viento y en el vacío? ¿Saber que la agitación es vana?

Nada hay comparable al cansancio del que, cual decía nuestro Bolívar, siente que "ara en el mar". Entonces sí que dan ganas de tenderse en el camino y dejar pasar las cosas, idénticamente a esos que tienen, según usted, "el alma congestionada de ramplonería".

Pero hay que seguir. Porque no es precisamente para vencer... ¿verdad?... para lo que se lucha sino para mejorarse incesantemente, y, si se puede, presentar un ejemplo a imitarse a los que tengan ojos y sepan ver, oídos y sepan oír.

No, no se desencante usted, don Miguel, ni deje que la tristeza le abata, porque lejos de su tierra somos muchos los que le oímos y le seguimos.

En medio de la vanalidad hoy en boga, del sordo gesticular y aullar de los que sólo quieren divertirse sin preocuparse de saber si la vida tiene esencia divina, la austeridad de su vivir, la elevación y la dignidad de pensamiento, son reconfortantes y animadores.

Son un gran ejemplo.

Y esto debe saberlo para consolarse.

Suyo siempre —

*Alcides Arguedas
71, av. Wagram.*

Su juicio es breve pero es muy hondo y muy cargado de tristeza. Enfoca el aspecto esencial del artículo del vasco y, quizá, de toda su obra, al mismo tiempo que testimonia cual es la preocupación central de la obra y vida de Arguedas.

El último juicio crítico propiamente dicho incluido en estas cartas, si bien muy breve, pero no por eso menos acertado se halla en la de diciembre de 1912. Se refiere a *El sentimiento trágico de la vida*, que Unamuno había estado publicando por entregas. Arguedas mandó encuadernarlas en un volumen, formando así un libro antes de que el propio autor las publicase en un tomo en 1913. En la siguiente carta que le escribe volverá hacer referencia a esta excelente obra de don Miguel, pero allí su propósito ya no será hablar directamente del valor literario del libro, como en ésta en la que mezcla lo literario y lo íntimo, diciéndole lo que sigue:

*París, diciembre 24 de 1912.
Señor don Miguel de Unamuno
Salamanca.*

Muy apreciado y distinguido amigo:

He leído con singular agrado su carta de 21 del corriente. Creía que ya me había olvidado pues hacía tiempo que no [tenía] noticias suyas y ahora veo por su carta que estaba usted entregado a una labor de patriótica propaganda.

Le felicito; y hago votos porque vea usted cumplidos sus deseos de mejora colectiva, que son, como todos los suyos, elevados y generosos. Y pues sus ideas tienen la virtud de comunicar simpatía a los demás, encontrará usted siempre quienes le secunden y por eso no me extraña que haya hallado usted ayuda en nuestro amigo D. Tomás Elorrieta de quien conservo muy gratos recuerdos y al que le ruego, encarecidamente, saludar en mi nombre, cuando le vea.

Tengo dadas al encuadernador las entregas de "La España Moderna" referentes a su estudio sobre El sentimiento trágico de la vida. He desglosado esos doce capítulos de la revista y he formado un tomo de regulares dimensiones y que volveré a leer, con calma, cuando me lo entreguen.

Yo creo que allí ha puesto usted una bella parte de su espíritu y las más de las inquietudes que le obseden, particularmente aquellas que al alma se refieren. Es un bello estudio, que, o mucho me engaño, quedará como lo típico de su temperamento y carácter, y como el claro trasunto de la lucha que muchos hombres mantienen entre la razón y sus profundos instintos de sed de gloria y de inmortalidad.

Probable es, casi seguro, que de aquí a poco, vaya a vivir a Londres donde sé que mi gobierno piensa trasladarme. Si en esa ciudad puedo servirle en algo, me será muy grato hacerlo. Ya oportunamente le indicaré la fecha de mi viaje a Inglaterra, que, por lo que veo, no podrá ser antes del mes de marzo, y le daré mi dirección en Londres.

No le extrañe, al ver la fecha de esta carta, recibirla con algunos días de retardo. La comencé el día de la fecha que indica y sólo hoy, 30 de diciembre, puedo concluirla pues en días pasados me tuvo con mil ocupaciones pequeñas y sin tiempo para nada.

Deseando para usted y los suyos toda clase de prosperidades y bendiciones en el Año Nuevo que comienza pasado mañana, me es grato reiterarle las expresiones de mi afecto y admiración sinceros.

Alcides Arguedas

IV. Aliento en la adversidad

La vida de Unamuno estuvo llena de contratiempos de tremenda seriedad, hasta el punto de ser una tragedia. Entre esos numerosos incidentes penosos de su vida, hay dos singulares que le afectaron cuando ya Arguedas se contaba entre sus mayores admiradores y amigos. El uno le ocurrió en el año 1914, momento en que don Miguel ocupaba con toda dignidad y derecho el rectorado de la universidad más prestigiosa del país, Salamanca. Los vulgares políticos gobernantes del país, temerosos de las verdades que el espíritu superior del rector les decía, le depusieron de su cargo, atropellando así la estabilidad que ofrece el haber ganado la oposición y la libertad de enseñanza. Tan pronto como la noticia llegó a oídos de Arguedas salió en defensa de su amigo y maestro, como él le llama en varias ocasiones. Entonces le escribió para consolarlo y defenderlo una carta en la que resalta sus grandes cualidades intelectuales y superioridad de espíritu, las cuales contrastan con la mediocricidad de aquellos políticos que lo tiraron, causantes principales del estado de decadencia de España. Para avergonzarlos y ser de más ayuda a la víctima de esa tiranía, determinó dar la carta a la publicidad, aunque no se encuentra evidencia de tal divulgación. Esta carta dice así:

La Paz, diciembre 18 de 1914.
Señor don Miguel de Unamuno.
Salamanca.

Apreciado y distinguido amigo:

Al venir a la ciudad, por horas, del campo, donde vivo en voluntaria y sedante reclusión, he tenido la oportunidad de leer en Nuevo Mundo, la historia de su destitución del rectorado de la Universidad de Salamanca, lamentable y miserable historia que viene a iluminar con cruda luz meridiana un nuevo aspecto de las prácticas usadas por los para mí flamantes hombres de Estado, que, hoy por hoy, dirigen los negocios de su país.

Los que, amargados de la triste realidad presente del propio medio, volvíamos, a invitación de recientes lecturas, de vez en cuando los ojos al viejo solar de la raza creyendo encontrar atenuados y aun desaparecidos los males que tanta desazón causasen a los espíritus superiores que se dieran a denunciarlos, con usted a la cabeza, después del desastre del 98, vemos, con pena y cólera a la vez, que los progresos fervorosamente pregonados por los escritores de satisfecho optimismo, sólo eran esas mentiras piadosas de que nos habla su joven y entendido compatriota Guixé.

Se miente fingiendo mejoras de orden moral, porque así se cree servir mejor los intereses del grupo, y la mentira halla entusiasta acogida en la masa, quien, no teniendo costumbre de reflexionar ni pudiendo establecer comparaciones, halla grato a su vanidad y a su deseo que las cosas y los hechos, o lo que ella toma por tales, tengan la apariencia que le prestan los que, con buena o mala fe, a enganarla se dedican. Y es así como los mentirosos adquieren primero nombre, sacrificando los sacrosantos fueros de la verdad, luego prestigio, y, por fin, como natural complemento de esta momentánea ascensión triunfante, autoridad.

Porque mentir en nuestros países, o, por lo menos, desfigurar los hechos en sentido favorable a la irrazonada preferencia de los más, es procedimiento socorrido de políticos vulgares, de intelectuales adocenados o de ilusos ignorantes que no hallando fuerzas para tallar su pedestal, yendo, a la manera del héroe ibseniano, razonablemente, o briosamente, según temperamento, contra los vicios y los errores del medio en que viven, hallan más cómodo y sobre todo, más ventajoso, transigir con ellos cuando no llevan su impudencia hasta a encontrarles no ya su explicación, que esto sería lo lógico, sino su disculpa, lo que es culpable.

Y así, yendo de mentira en mentira, comenzando por las inofensivas, es como los pueblos, cual por vistosa pendiente, se hunden en hondos abismos a los que no suele llegar ninguna piedad.

Era, pues, — repito — mentira eso de la estabilidad de los cargos en España obtenidos en lucha de competencia y fuera del complaciente favor de las combinaciones políticas; mentira era eso otro de la libertad de enseñanza y de opinión ya que sugerencias interesadas unidas a personales resentimientos, pueden, en cualquier momento y bajo pretextos más o menos aparentes, obstaculizar, no detener, la labor fecunda y regeneradora de un hombre que con su nombre añade brillo al de su patria.

Porque, — esto lo saben quienes abren libros, — el nombre de usted, mi gran amigo, está ligado para la parte culta de la llamada civilización latina, a ese movimiento de ideas que tiende a desterrar el imperante sanchopancismo de la península sustituyéndolo con la preocupación elevada de las verdades eternas y del sentido de lo misterioso, tan ageno a las meditaciones de nuestros dirigentes políticos e intelectuales. Nadie como usted, — elijo este momento para decírselo, — abriendo angustiosamente los ojos a la vida, ha sabido remover en el mundo de habla castellana, inquietudes espirituales ni preocuparse tanto de poner alguna claridad en ese permanente conflicto de la razón y el instinto que siente todo hombre culto ante las conclusiones de la ciencia, los dictados de la razón y las imposiciones de la fe heredada. Para pensar cotidianamente en estas cosas y atormentarse por ellas hay que estar animado de generosidad y abnegación; hay, sobre todo, que levantar los ojos del haz de la tierra con ansias de eternidad y dirigirlos allí donde se cree moran la justicia y la paz: por eso la rareza de esos libros fuertes como el admirable *Del Sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos* con que últimamente nos obsequiara usted.

Usted, secundado por una media docena de sus conciudadanos entre políticos previsores, meritísimos intelectuales y emprendedores industriales, y sobresaliendo por la tendencia y la calidad de sus dominantes preocupaciones, forman en la península el solo grupo que, hoy día, pone de relieve la vitalidad de ese país, moribundo en concepto de muchos.

Esto lo ignora, probablemente, como todo político de tierras adentro e influjo electoral, el señor Bergamín, nuevo ministro de instrucción. De ahí el gesto audaz de inculto dominador que usó con usted.

Acaso el tal ministro sea allí y en estos calamitosos tiempos en que los mediocres son ministros de Estado, uno de esos personajes decorativos, muy dignos, muy respetables, o, más bien, muy inclinados a la respetabilidad y que encastillados en el concepto de estima y consideración de que gozan, se creen autorizados y aun tienen el frío coraje de osar cualquier cosa, seguros de no levantar protestas ni provocar críticas; más aquí donde nuestras libertas están llenas de libros y revistas españolas, jamás hemos leído nada de ese buen señor y recién se nos revela su nombre con la proeza realizada contra usted. Si mañana algo significa el nombre Bergamín usted no será ageno a tal revelación.

Para los seudo políticos de esta catadura, no raros, se ve, por allí, abundantísimos en estos mis trigales, el campo del pensamiento ocupa nivel inferior a lo que ellos llaman la acción. Que un hombre por la fuerza de su genio creador, de su inventiva, de su carácter, de sus virtudes y merecimientos illustre con el suyo el nombre de su patria más allá de las fronteras, es lo de menos para estos individuos. Ellos lo preferirán, en el desempeño de los altos cargos públicos, a cualquier intrigante de la política que cuente con influjo electoral, con ese que se consigue halagando las bajas pasiones de los bajos, lo solo realmente sólido en su balanza de valores morales. El mundo acaba para ellos en las lindes que abarcan su grupo dirigente, o, cuando más, en las de su partido . . .

Y es que siendo miopes para los horizontes vastos de la elevada ambición, sólo miran los del interés palpable e inmediato y se contentan con los triunfos del momento, con aquellos que satisfacen el vulnerable amor propio y les hiere no más que la epidermis, si así puede decirse, de su conciencia abotagada. De estos seres nacen en mi país, y creo que en el suyo también, los mandones, los caciques, los caudillos . . .

Pero voy pasando a un terreno que me he vedado por lo pronto: la indignación.

Tiempos llegarán, don Miguel, en que nuestras cosas, es decir, las que al país tocan, se claren, se purifiquen y den frutos sanos y de mejor sabor. Entonces su obra — roca viva — como la de todos aquellos que sacrificando voluntariamente ruidosos triunfos de momento supieron decir la verdad, entrará a formar parte del indestructible patrimonio humano.

Tarde será, ciertamente; más se habrá hecho justicia, que es lo que en el mundo importa.

Lo saluda atenta y cariñosamente su invariable amigo

Alcides Arguedas

Guardo la copia de esta carta para hacerla publicar en una revista que se edita aquí y me ha pedido original para su número de año nuevo, año que se lo deseo, de veras, próspero y venturoso.

s/c La Paz-Bolivia-Casilla 249.

La otra tragedia en la que Arguedas viene a confortar a su querido amigo, sucedió unos años más tarde. El golpe fue del mismo signo, pero mucho más fuerte. El Dictador Primo de Rivera lo destituyó de su cátedra sin sueldo y lo desterró a las Canarias. Unamuno se fue solo al destierro, dejando en Salamanca a su esposa e hijos, viviendo de la caridad de los demás catedráticos. Estos contribuían con una parte de sus sueldos todos los meses para soportar la familia del desterrado. Arguedas, lo mismo que todo el mundo, puso el grito en el cielo y trató de consolarle en su soledad, mandándole lo que se escribía en protesta contra la Dictadura española por acción tan bárbara y ominosa:

Mayo 5 de 1924

Señor don Miguel de Unamuno.

En su prisión de Las Palmas.

Mi grande y querido amigo:

Cumplo con mi promesa de enviarle los artículos de la prensa francesa que me fue dado leer con motivo de la inicua pena que se le ha impuesto. Muchos otros se han publicado, y, me dicen, varios muy notables. Entre otros parece que el de Andrés Suárez es de los mejores. Desgraciadamente no han sabido decirme en qué periódico se publicó; pero han quedado en remitirme el recorte. Luego que lo tenga se lo enviaré por el conducto que me indica.

Mañana o pasado parto para Italia en comisión oficial. Voy a la Conferencia de Inmigración y Emigración y estaré ausente unos veinte días. A mi vuelta le remitiré dicho artículo de Suárez y otros que también trataré de conseguir.

Es a uno de nuestros comunes amigos, Hugo Barbageleta, que he transmitido la comisión de entenderse con los redactores de Le Quotidien.

Creo y espero que pronto se verá usted libre de las garras que lo retienen; y al salir de su prisión su autoridad moral será más grande en el mundo.

Ya sabe que es su muy amigo -

A. Arguedas

A tiempo de cerrar esta carta, recibo el artículo de Suárez, magnífico. Se lo incluyo.

V. Unamuno crítico de Arguedas

Desde diciembre de 1914 hasta mayo de 1919, cuando Arguedas le anunció por tercera vez su visita para conocerlo, su comunicación epistolar conoció un gran paréntesis. Por lo menos, no tengo conocimiento de que le haya escrito una sola línea. Mas tarde este mismo año le volvió a escribir para decirle que se iba de París a su patria y desde allí le enviaría **Raza de bronce**, que todavía no había visto editada:

*París, agosto 20 de 1919
Señor D. Miguel de Unamuno.
Salamanca.*

Mi querido y admirado amigo:

Le escribo estas letras en momentos de embarcarme en el Rochambeau con destino a Nueva York y sólo para recordarle que allí, en las honduras de ese Continente Sud de América donde tiene usted tantos devotos, cuenta con un buen amigo y un sincero admirador.

Mis tres días de Salamanca en su compañía han de ser imborrables en mi memoria. Y, de mis nuevos recuerdos, ese, el de usted y el de la vieja ciudad dorada, vivirán conmigo en tanto que el recuerdo me acompañe.

*De mi tierra enviaré a usted **Raza de Bronce**.*

Es un libro serio y fuerte; es el libro de la raza que ha hecho el Imperio del Tahuantinsuyo, como ya se le ha llamado allí, bondadosamente.

En él sólo me he preocupado de pintar la vida actual del indio; pero le prometo que he hecho lo posible por ser verídico y circumspecto.

Sólo siento no haber podido corregir personalmente las pruebas, y eso me preocupa bastante, porque si el libro viene impreso como aparece en el folletín de un periódico de La Paz, El tiempo, que lo va reproduciendo sin mi autorización, créame que ha de ser mi libro detestable.

En todo caso le aconsejo leerlo, si tiene tiempo. Creo que será una obra de algún valor en las incipientes letras de la América española. Esto, sin jactancia ni vulgar pedantería.

Adiós, don Miguel. Muchas cosas buenas tengo que decir a mis amigos de usted. Les diré, sobre todo, que soy feliz por haber encontrado un hombre que no se parece a otros hombres.

Recuerdos a los suyos.

A. Arguedas.

¿Hizo usted algo sobre lo que le pedí respecto del puerto para mi querido país?

Me agradecería mucho el saberlo.

s/c Casilla 399

La Paz Bolivia

No le volvió a escribir hasta el año siguiente una tarjeta sin fecha, notificándole su preocupación porque no sabía si había recibido **Raza de bronce**. Al mismo tiempo, le envió su **Historia de Bolivia: la fundación de la República** (1920), que no nombra por título:

s/c Casilla 399

La Paz – Bolivia

Querido maestro y amigo:

*Tiempo hace que le mandé mi novela **Raza de bronce** y aun no sé si la ha recibido usted. Va ahora otro librito y desearía me ponga sólo dos letras en una postal para anunciarme si le han llegado o no mis libros.*

Lo recuerda siempre con cariño y gratitud su amigo y admirador

A. Arguedas

Indirectamente Arguedas le estaba pidiendo que escribiera algo sobre esos dos libros suyos, pues lo necesitaba enormemente. Las razones de esa necesidad eran múltiples, entre ellas el escaso interés que ambas obras habían despertado en su propio país hasta entonces. La novela, **Raza de bronce**, que se puede decir que es una de las mejores obras narrativas indigenistas, apenas fue leída hasta la aparición de la tercera edición en 1945. La primera fue muy discutida, como la segunda, y tuvo la misma suerte:

La segunda edición, con prólogo de don Rafael Altamira, no fue más afortunada, [...] el libro volvió a aparecer, modesta y oscuramente, en papel de periódico, con tipo minúsculo y ceñido, con ordinaria presentación, [...]

Naturalmente el libro no tuvo lectores y contados fueron los que, venciendo sabe Dios qué suerte de repugnancias, pusieron los ojos en él. Algunos se dejaron ganar, sin embargo. Y Gabriel Alomar, ilustre comentarista de Don Quijote, escribió un cálido elogio del libro en un lunes del entonces famoso Imparcial de Madrid. Poco después, otro ilustre profesor de literatura española en la Sorbona, don Ernesto Martinenche, publicó un breve y caluroso comentario en una conocida revista de París y le dedicaron sendos artículos el profesor Buylla, el escritor Diez-Canedo y el penetrante crítico peruano Luis Velasco Aragón, entre otros.³

En este momento no recuerdo que Unamuno haya escrito nada sobre esa novela ni sobre la **História de Bolivia**, si lo hubiera hecho indudablemente Arguedas en una ocasión u otra lo hubiera mencionado. Sin embargo se lo había prometido hacer en una carta en la que le comunicaba haber recibido esas dos obras. Otras razones por las que el boliviano deseaba ardientemente algún comentario de don Miguel a esos libros se las explica en la carta siguiente, entre otros varios temas que trata:

14 de enero de 1921
Señor don Miguel de Unamuno.
Salamanca.

Señor don Miguel de Unamuno

Con agrado he leído, mi grande y querido don Miguel, su carta de 19 de noviembre en que me anuncia haber recibido mis dos últimos libros y su intención de hablar de ellos así que disponga de tiempo y se le presente la oportunidad.

La promesa me encanta, porque, si le he de ser franco, esos mis libros, sobre todo el de Historia, ha caído en mi país como en un pozo insondable. Nadie ha dicho nada de él, no obstante ser la única obra publicada hasta hoy; a nadie ha interesado; a nadie ha enseñado nada... La Nación de Buenos Aires, [su periódico] y El Mercurio de Santiago, es decir, los mejores diarios de la Argentina y Chile, como usted sabe, han elogiado el esfuerzo dedicándome inmerecidas alabanzas. Aquí, en mi tierra, no ha aparecido hasta ahora un sólo juicio meditado sobre el libro; pero, en cambio, se han alabado sin medida otros libros publicados después o al mismo tiempo que el mío. ¿Hostilidad hacía mí? ¿Despego por mi labor? No sé, ni me importa mucho. Me inclino más bien a creer que sea impotencia o despecho. Nadie quiere, sin duda, alabar o juzgar una obra que pone en tan fea postura a un héroe provincial como Murillo perpetuado en el bronce y mantenido tan en lo alto del fervor de las turbas; nadie pretende tampoco hacer mención de un libro que malhaya del "genio de la raza", que dice hoy un periodiquín, pintando con tan crudos colores las características del mestizo o criollo, tipo nacional por excelencia...

Y ante este silencio estudiado y h6seo, gran cosa serfa para mfi poder restregar en los ojos de mis paisanos un juicio como el de usted, cual lo hice al final de mi Historia, como usted verfa, con los que mereci6 mi Raza de bronce que aquf se ley6 mucho aunque comentfndolo apenas . . .

Pero dispense, mi querido don Miguel, pues le voy mostrando mi vanidadsilla, es decir, mi lado feo de mi carfcter.

Asf y todo, debo manifestarle que ese primer volumen de mi Historia que, me dice usted, lo tiene lleno de notas y le ha gustado, es el primero y 6ltimo que publico, pues la edici6n de cada volumen me cuesta alrededor de 3.000 pesos, o sean 6.000 pesetas. Multiplique usted esta suma por 10 vol6menes de que consta la obra, (el tomo 6ltimo se desdobra en tres) y tiene usted 60.000 pesetas derrochadas del patrimonio de mis hijas . . . ¿Hoy puede haber muchos locos en el mundo que consientan en semejante despilfarro que en el fondo serfa, llanamente, una mala acci6n? . . .

Pero, usted preguntarf, ¿acaso no hay editores en Bolivia que no quieran tomar por su cuenta la edici6n de una obra semejante? Los hay, ciertamente, y uno de ellos me ha pagado por Raza de bronce 2.000 pesetas, es decir, la mfs alta suma que hasta ahora se haya pagado en Bolivia a un novelista; pero yo no he querido aceptar sus ofertas respecto a mi Historia porque he crefdo poder venderla bien y me resistfa a que una labor de tantos afios d6 ganancias al editor y no al jornalero. Me engañ6. Ademfis, pens6 que siendo mi Historia el ensayo mfs serio y de mayor magnitud que se va publicando en Bolivia, los poderes p6blicos (gobierno, parlamento) acudirfan en auxilio del escritor ayudfndole a publicar su obra como siempre ayuda y ayudarf a todos los que compilan leyes, cantan con mfstico fervor los progresos de la patria, presentan alegatos en defensa de sus fronteras, y, sobre todo, escriben las biograffas de los hombres de la situaci6n . . . Tambfen me engañ6. Hasta para eso hay que tener suerte y yo no la tengo: soy, por ariadidura, hijo del pafs . . . El pafs, por otra parte, atraviesa por la mfs intensa crisis econ6mica y en el tesoro s6lo hay dinero para pagar a los soldados, aunque los maestros de escuela se mueran de hambre, pues los soldados hacen revoluciones inmediatas y en nada parecidas a las de los maestros que las hacen tambi6n, y mfs profundas, pero con muchos afios de preparaci6n, poquito a poco y a larga distancia. Y esto, claro estf, no se cuenta ni importa porque no quita de pronto el mando y con 6l honores, dignidades y fortuna . . .

Mucho me ha interesado lo que me cuenta usted de sus andanzas con la justicia de ese su pafs. Aquf se conoci6, por transcripciones de la prensa diaria, los artfculos que motivaron su condena, asf como el que escribi6 usted para La Naci6n, hondamente sugestivo, anunciando quizfs una nueva orientaci6n en su vida. Conocf tambi6n, pero ya tarde para adherirme, los telegramas de respeto, simpatfa y amparo que le remitieron los intelectuales argentinos por medio del citado peri6dico platense. Y con esto, y con lo que lef de otros papeles del Continente, puedo decirle que aquf, en Am6rica, se habrfa alzado un clamoroso y unfanime grito de protesta si los jueces de Espaafa hubiesen tenido la imprudencia de condenarle. Acaso tambi6n lo vieron asf allf y le dejaron tranquilo y mfs fuerte que nunca, con mayor autoridad y su prestigio de pensador acrecido ahora a los ojos de

mucha gente con la calidad de un varón altamente honesto, hombre de verdad, español chapado a la antigua, vasco, en fin, de sangre pura y cuerpo entero.

Veo, por su carta, que nuestro presidente se ha trasladado allí para ponerse corona.

José Gutiérrez Guerra se había improvisado político en sólo dos años de acción parlamentaria, y fue elegido Presidente por los liberales que parecíamos ya no tener hombres para ese alto cargo. De presidente se mostró tal como era o como lo hicieron sus servidores. Desatendió su casa bancaria (que legal y honestamente ya no podía seguir figurando bajo su nombre) y sus empleados la condujeron a la quiebra estafando a una infinidad de gentes pobres con el cebo de un mayor interés sobre sumas depositadas: se dió desenfrenadamente al alcohol y al juego y más desenfrenadamente todavía a las mujeres. Uno de sus ministros se las conquistaba de entre cierta laya de gentes aparentemente honestas, y los otros le ganaban fuertes sumas en el bacarat. Cuando faltaron las mujeres de apariencia honesta, se recurrió a los prostíbulos y las rameras se adueñaron de la campestre morada presidencial.

Estalló la revolución, después de veintiún años de paz fecunda, el 12 de julio último, y Gutiérrez Guerra fue arrojado del poder, casi ignominiosamente, pues no hubo un solo hombre que se presentase a jugar su vida para defenderle. Los militares le traicionaron, el ejército, corrompido por la oposición, le dejó abandonado a su suerte. Y huyó lejos. Se decía acá que estaba en Nueva York ganándose modestamente la vida como empleado del banco Irving; pero sé por su carta que se ha trasladado a España para ceñir corona... ¿No lo arrojarán también ustedes?

De las cosas de esta revolución boliviana quizás pronto vea usted crónicas mías en La Nación de Buenos Aires, de donde ya se me ha escrito quejándoseme de mi largo silencio de dos años. Escribiré, como siempre, sobre lo que aquí veo y que tiene un inimitable sabor cómico; pero pienso que el periódico no quiera prestarse a mi humor crítico... En fin, lo ensayaré.

Como sé que sus labores son intensas, no pretendo obligarle a un frecuente cambio epistolar; pero sí quiero que sepa usted, mi admirado y querido don Miguel, que sus letras me interesan enormemente y que su amistad vale mucho, mucho para mí.

Le deseo feliz y próspero año en éste que comienza.

Cordial abrazo de su amigo y admirador

Alcides Arguedas

Ya que le interesa la figura de Melgarejo, espero enviarle en breve un ejemplar del resumen de mi Historia que va editando el comité "France-Amerique" de París. Por este mismo correo mando a dicho Comité el último capítulo de mi trabajo y supongo se traduzca y publique en el primer semestre de este año. Es un trabajo que me ha costado esfuerzos inauditos, pues toda una copiosa documentación y más de mil páginas manuscritas y de gran formato he tenido que reducir a 310 páginas de mi original enviado a París.

Arguedas continúa mandándole sus libros a Unamuno tan pronto como salen de la imprenta. En agosto de 1922 le remitió desde la Coruña, donde estaba de paso, su recientemente publicada **Historia general de Bolivia**. Esperaba el correspondiente ensayo de la pluma de don Miguel sobre ella, cosa que se deduce de su carta aunque no se lo dice explícitamente:

*La Coruña, agosto 15 de 1922.
Señor don Miguel de Unamuno.
Salamanca.*

Apreciado y admirado amigo:

Escribí a usted hace algunos días enviándole mi saludo cordial desde esta bella región de su patria; pero ha debido extraviarse mi carta con la última huelga, felizmente ya solucionada.

Le remito en paquete certificado mi "Historia General de Bolivia", cuya lectura le ha de interesar pues me acuerdo que me refirió usted algunos pasajes de la historia de mi país que ahora los hallará completados con detalles que ni aun en Bolivia se conocían. La obra abarca un largo periodo, pues va de la guerra emancipadora (!) hasta la revolución republicana de 1921.

La lectura de este libro es triste, porque se ve a un pueblo pobre gobernado por caudillos inescrupulosos, de ambiciones vulgares y sin ningún ideal levantado. Explica, además, el estado de atraso en que se halla mi patria respecto a los pueblos que la rodean.

En breve publicaré en una revista de Cuba la conferencia que di en la Universidad de La Paz a pedido de los estudiantes y en vísperas de salir de mi patria. Allí me permito decir algo de usted y rendirle mi público homenaje de acato y reconocimiento. Le remitiré un número de la revista así que reciba los ejemplares que pido. Supongo que será de aquí a un mes, lo menos, pues recién mandaré los originales.

Deseando a usted mil prosperidades, quedo como su buen amigo y atento

s. s.

Alcides Arguedas

Dirección hasta fines de agosto:

Cantón Pequeño, 22.

La Coruña

A todo esto Unamuno permanecía mudo. Entonces Arguedas aprovecha la ocasión para mandarle un número de la revista **Cuba Contemporánea**, donde había escrito algo sobre él, y le pregunta por su **Historia general de Bolivia**:

París, marzo 1^o de 1923.
Sr. D. Miguel de Unamuno.
Salamanca

Mi muy estimado y admirado amigo:

Desde fines del verano pasado me tiene en esta ciudad frente al Consulado Gral. de mi país, donde quedo enteramente a sus órdenes.

Muchas veces he querido escribir a usted, con diversos motivos; mas nunca pude hallar horas desocupadas para hacerlo con la calma con que me proponía. Hoy mismo lo hago casi a galope, apartando a un lado papeles de urgente despacho, pues estoy solo en la oficina y no tengo a nadie que me ayude. Lo hago para anunciarle que le remito un número de la excelente revista Cuba Contemporánea donde hallará algo sobre usted hacia la p. 200.

Posiblemente usted ha de hallar que he sido bastante indiscreto; pero al hablar yo a los jóvenes de mi país, he querido retratar algo del hombre sin preocuparme del escritor, que allí, como en todos los puntos de América, conocen bastante y acaso mejor que en su propia España . . .

Disculpe, pues, la impertinencia y ordene siempre a su amigo.

A. Arguedas

El boliviano se desesperaba porque Unamuno no publicaba nada sobre sus obras, ni siquiera le dejaba saber si las había recibido y lo que le parecían. Mientras tanto don Miguel se encontraba preocupado con sus propios problemas en España, que no le dejaban tiempo ni tranquilidad, hasta que le llegó el destierro. Sin embargo ese silencio hacia las obras de Arguedas por parte de Unamuno era sólo reciente. Como se ha observado en cartas anteriores le había dedicado juicios que él reconoce laudatorios a sus libros. Sobre la primera obra que le envió, **Pueblo enfermo**, escribió en muy breve lapso de tiempo tres magníficos artículos. En el segundo dice Unamuno: "Hoy vuelvo al precioso libro **Pueblo enfermo**, del boliviano Alcides Arguedas. Ya os dije que este libro rico en instrucciones y en sugerencias, había de darme pie para más de una de estas conversaciones, [. . .]"⁴

Poco después escribió el tercero y último artículo sobre esta obra del boliviano, donde la considera de valor universal, pues su tema es universal:

[. . .] es que ese pueblo enfermo que Arguedas nos describe no es sólo [. . .] el pueblo boliviano. Este pueblo le sirve de caso demostrativo, pero el enfermo es mucho más amplio.

*En la pintura que Arguedas nos da de esas sociedades de tierras adentro, muy internadas, [. . .] de esas sociedades provincianas esclavas de la rutina, se hecha de ver más de una vez la acción del odio y de la envidia.*⁵

A partir de 1923 la correspondencia de Arguedas se desvanece. No se encuentra más que una carta en 1924 sin valor literario, dándole la bienvenida a Unamuno

escapado del destierro a París y ofreciéndosele para todo lo que le sea necesario. Finalmente le escribió la carta final en abril de 1929. Es una carta cierre del ciclo de veinte años de comunicaciones. Así lo vio el propio Arguedas, que fue el que las inició y fue el que le puso fin:

Abril 23 de 1929.
Señor don Miguel de Unamuno.
Hendaya.

Mi querido maestro y amigo:

Estoy maravillado de la coincidencia.

Hace veinte años justos y casi día por día, que recibí aquí en París de ud. una carta, la primera, sobre mi libro Pueblo Enfermo en que me decía usted: "Me ha gustado el libro y he de hablar de 'él' . . . Y habló usted en tres bellos artículos de La Nación de Buenos Aires y fueron los primeros, de un gran escritor, sobre aquel mi primer libro . . .

Ahora recibo también de usted aquí, en París la primera carta sobre Caudillos Bárbaros en que me dice ud. que le ha gustado el libro y hablará de él . . . ¿No es para reír y festejar la coincidencia? He aquí que al cabo de veinte años se repite la escena, con los mismos actores, aunque el escenario ha cambiado para uno de ellos. Y nuestra amistad es vieja de veinte años; y en veinte años hemos visto muchas cosas, padecido de muchos dolores y dado muchos pasos hacia ese hueco de la tierra que nadie sabe a donde lleva . . .

Estamos más viejos, don Miguel, y los dos somos, en grado diferente, proscritos. Usted por la fuerza, porque su carácter sólido y su alma recta no podrían soportar ese ambiente de esclavitud y porque ha sufrido ud. un agravio que exige reparación. Yo, porque ni moral, ni intelectual ni hasta físicamente me encuentro bien en mi Patria, no obstante de que allí comienza a producirse una gran reacción en mi favor. Ahora mismo y Gbno. me está enviando como ministro a Colombia y en pocos días más me embarco rumbo a Bogotá; pero aquello está muy corrimido, políticamente, y yo detesto la política menuda, sin ideales, sin nobleza; esa política sucia que sólo persigue el puesto público, el empleo para negociar, medrar y enriquecerse . . .

Yo no sé cómo marchan las cosas en su país, porque nada se puede saber leyendo la prensa de España, sometida a la censura, como en mi tierra; pero se siente que aquello anda mal y toca a su fin. Primo de Rivera, que no ha de tener grandes alcances, ha tenido la imprudencia de enagenarse a la juventud universitaria y está, por consiguiente, perdido. Mientras supo habérselas con los militares y los políticos pudo conseguir algo; pero se ha echado encima a los profesores y estudiantes y ahora su caída es cosa de semanas o meses . . .

Tengo, pues, la esperanza de saberle pronto en su tierra y entre los suyos, rodeado del respeto y de la afección de sus compatriotas y del mundo todo porque ha sabido ud. poner al descubierto su alma recta y generosa.

Yo tomaré el vapor en diez o doce días más. Si alguna vez se acuerda de mí, escíbame a Bogotá donde queda a servirle este su viejo amigo y admirador.

Alcides Arguedas

Hay tres cartas más y una tarjeta postal de Arguedas a Unamuno que no incluyo aquí por carecer de interés literario. La tarjeta es de junio de 1910 y las cartas son una de febrero de 1912, otra de mayo de 1919 y la tercera de julio de 1924. Algunas de ellas quedan mencionadas anteriormente en el estudio.

Esa fue la amistad de los dos escritores, tal como se refleja en las cartas del boliviano dirigidas al vasco en los años comprendidos de 1909 a 1929. Las he copiado de los originales que se conservan en el archivo de Unamuno en Salamanca. Es un poco extraño que Arguedas haya interrumpido la relación epistolar en el momento que lo hizo. Recuérdese que él no murió hasta 1946 y Unamuno en el último día del año 1936. La presente correspondencia pretende no sólo darla a conocer públicamente, sino que aspira a servir de llamada de atención sobre una de las figuras más interesantes de las letras hispanoamericanas de este siglo.

Department of Languages
University of Utah

NOTAS

* Mi agradecimiento a UNIVERSITY OF UTAH RESEARCH FUND por su generosa ayuda para poder llevar a cabo esta investigación.

¹ Miguel de Unamuno, "La envidia hispánica", *Obras completas*, vol. III (Madrid: Excílicaer, 1966), p. 284 y p. 285.

² *Ibid.*, "La bohemia espiritual", vol. VIII, pp. 501-503.

³ Alcides Arguedas, *Raza de bronce*, 4^a ed. (Buenos Aires: Edit. Losada, 1968), p. 7.

⁴ Miguel de Unamuno, "La imaginación en Cochabamba", *op. cit.*, vol. III, p. 525.

⁵ *Ibid.*, "La envidia hispánica", p. 283.